

## IV

## RECUERDO DE GERONA

¿Os acordáis, en esta época del año, de los pajarillos? No es tan rigurosa, aquí en Galicia, la estación como en los países del Norte, donde cae la nieve á copos y viste de escarchada blancura la campiña: nosotros disfrutamos de un invierno casi dulce, húmedo, sí, pero sin crudezas propiamente dichas, y así y todo, los pájaros sufren en la estación presente, y se les ve desaparecer de día en día, sin que sus pitíos de alborozo se escuchen ni aun en los sitios donde más suelen bullir durante el verano.

Sobre la tierra endurecida por la helada se posan á veces, con vivos movimientos de la cola y la cabecita, sacando el cuello, saltando más lejos si su vista perspicaz descubre un gusano ó una larva dormida entre la hierba. Después, recelosos, suben de nuevo á las desnudas ramas de las acacias. Allí se juzgan en salvo. Y tienen razón: por acá no se conocen las escopetas. Ni hay cazadores ni tiene el pájaro enemigos. Ni aun con liga los cogemos.

Hace unos meses, en la torre que todavía no se habita, hizo nido (confundiéndola sin duda con unas ruinas) una familia de lechuzos. *Curuxas* les llaman los aldeanos, y su grito triste, de noche, se cree presagio de toda especie de desventuras. En el hueco del ventano, donde los monstruos y las alimañas quiméricas se retuercen en los capiteles, incubó sus huevos la sombría pájara nocturna. Cuando salieron los polluelos, blanquísimos, voraces, la pájara se echó á cazar y les trajo diariamente carne fresca de ratón ó de paloma. Era la caza que tenía más á mano, y la que más lisonjeaba el apetito de los pequeñuelos. Sorprendimos á la familia y nos apoderamos de dos pollos que parecían bolas de nieve por su blancura extraordinaria; sería más exacto aún compararlos á dos enormes borlas de cisne para polvos de arroz. Sus ojos redondos, negrísimos, no veían. Su cara cónica era una visión de Goya, una pesadilla extraña. De tiempo en tiempo exhalaban el lúgubre chillido que sugiere ideas extramundanales. —Sin darnos cuenta del objeto con que ejercitábamos una obra de misericordia, nos dedicamos á criar á los lechuzos. No salían baratos: era preciso mantenerlos á fuerza de carne y de pescado, que engullían ávidamente. Pero ni envolviéndolos en algodón en rama, ni atracándolos de ternera cruda, conseguimos que olvidasen su libertad salvaje y su nido altivo en las labradas piedras. Languidecieron y espiraron. El pájaro es un sér incoercible: no dominamos su independencia sino haciéndole muy infeliz.



¿Qué instinto los lleva á emigrar? ¡Ley singularísima y providente! En las vigas, en el voladizo de las solanas, veo el nido de golondrina vacío, seco, abandonado. Las inquilinas de esa cajita de briznas y hojuelas están en el África ahora. ¡Ellas felices! Cuando la lluvia y el viento hacen crujir los cristales y el suelo se encharca, ¿quién no envidia á las aves que podrán posarse en las palmeras y nadar en el azul sin límites? Acuden á la memoria los versos de Zorrilla:

Tomó un esposo la golondrina  
y un nido en Cádiz le construyó...

Todas estas son, en plata, soledades del África, que me han quedado desde que estuve tan cerca de ella que con unas horas de vapor podía plantarme en Tánger y respirar el aire de otra parte del mundo. Desde este viaje conozco que me ha nacido en la imaginación una palmera y que se me han bañado en sol hasta las últimas celdillas del cerebro. Y hablo de la tierra recorrida, como si antes de haberla visitado yo no existiese.

Una impresión de las mejores es Gerona. A la idea de este pueblo van unidos dos recuerdos literarios: uno, el del *Episodio nacional* del mismo título; otro, el del drama, también de Pérez Galdós, fundado en ese episodio, que estrenó Vico en el Español—si no me engaño—y que recibió el público con marcado disgusto. Después de haber visitado en Figueras la prisión de Alvarez de Castro—cuya noble figura está

bien dibujada en el *Episodio*,—gustábame ver el pueblo que defendió aquel valiente español del antiguo cuño; quería recorrer la ciudad generosa que, puesta al ingreso de España, supo detener al enemigo. Estas cosas, actualmente, despiertan tan raros sentimientos, provocan un estado de ánimo tan especial, que puedo decir que mi último viaje ha tenido dos caras: una, riente, de alegría y disipación del espíritu, en lo que puedo llamar la parte africana de España, donde el cielo y el suelo juntamente fueron una fiesta para mis ojos; otra, de nostalgia y melancolía y de esa contemplación triste que Schopenhauer califica de sana, pues en ella la medida de la salud la da el dolor. Y es muy cierto; en tales tristezas, lo que sufre es lo mejor y lo más intacto del alma, y la lepra del indiferentismo se conoce en que el espíritu permanece insensible al cauterio de la vergüenza. De corcho sería yo si pasase por Figueras y Gerona con iguales impresiones que por Alicante y Murcia, recreándome en el paisaje y con los sentidos abiertos solamente á la magia del color y á lo pintoresco del cuadro.

¡Inolvidable Gerona! Es exactamente cual yo la veía en mi magín, al leer el canto homérico de la defensa. Fui á la Catedral sin guía, y al punto acerté con ella y con su interminable escalinata. En el claustro, de románica traza, un canónigo, luciendo la elegante vestimenta de seda carmesí, leía en su libro de rezo, á la luz que penetraba por las arcadas y la puerta que encuadraba un fondo de montaña azul, y



en primer término el campanario de San Félix flanqueado de negros cipreses. Parecíame estar en alguna pensativa *Certosa* italiana.

Ya las callejuelas de Gerona me habían recordado á Venecia, en su parte que podemos llamar *terrestre*, donde no hay canales para las góndolas. Los que escriben de Gerona suelen expresar este mismo concepto. La ciudad es pintoresca en grado sumo, con sus luengos soportales misteriosos, sus calles en cuesta, donde no penetra el sol, sus plazoletas desiertas, de un romanticismo grave, español, que pide á gritos el chambergo y el manto y la tizona y la estocada. El telón de fondo, severo, montañoso; los puentes que parecen capricho de escenografía; el dédalo de las edificaciones; la Catedral encerrada, casi oculta, que de pronto desarrolla la inmensa gradería de ochenta y seis peldaños... Sugestión para la fantasía, que ya no la necesitaba, bastándole los ecos de bronce con que aquí retumba la historia.

De antiquísima fundación es Gerona, y puede decirse que al través de los siglos ha vivido siempre arma al brazo. Situada en la vía militar romana, sufrió la repercusión del duelo entre Cartago y la República latina, que se venían aquí á ajustar sus embrolladas cuentas. No se romanizó tanto como Tarragona, y cosa rara, tuvo un golpe de debilidad con los moros, á quienes abrió sus puertas, sus puertas siempre terribles para el sitiador. No la cogió en tan buen momento Felipe el Atrevido, el cual *no la pot aver per forsa, més per fam...*

¡Cosa digna de recordarse! Esta ciudad que había de poner á los ejércitos de Francia la ceniza en la frente, ¡fue francesa largos años!, hasta que las rojas barras de Vifredo el Velloso, estampándose en su escudo, la agregaron al condado de Barcelona.

Aparte del claustro, la Catedral no me atraía por belleza de la arquitectura, sino únicamente por haber sido el centro espiritual, el foco ardoroso del heroísmo gerundense. El frontis, que ha sido comparado con gran exactitud á una estatua gótica con sombrero de tres picos, no merece elogios. Interiormente sí: es la Catedral de amplias proporciones y traza elegantísima. En el fondo, tres rosetones simbolizan la Trinidad. Sobre la puerta de la sacristía existe un sepulcro que evoca una tragedia: es el de Ramón Berenguer *Cap d'estopa*, asesinado en una cacería. ¡Cuántos comentarios, qué terror y qué compasión habrá suscitado entonces este suceso! Hoy es preciso buscarlo en las crónicas, y aun así no nos conmueve. Sería necesario para sentirlo ponerle música de Wagner.

El canónigo de ropaje carmesí, que leía con tanta atención su librito de oraciones, en la paz de aquel claustro medioeval, accedió á mis ruegos de que se me permitiese ver las joyas del Tesoro, especialmente la cruz procesional, que ya conocía desde la Exposición de arte retrospectivo, tan bien organizada bajo la dirección de D. Antonio Cánovas del Castillo, durante el Centenario de Colón, último alarde de nuestra fenecida gloria. Entre otros trabajos de no tanto



mérito, logré volver á admirar la soberbia cruz, de esmaltes góticos, enriquecida con perlas. Después invertí más de una hora en la Catedral, sin mirarla: sentada en un banco, recogiendo mi espíritu, no sé si con verdadera religiosidad, ó sólo con patriotismo doloroso que de religiosidad se vestía. Érame imposible establecer la línea divisoria entre estos dos sentimientos. ¡De tal suerte nos han acostumbrado á identificarlos! Nuestra triste época, que lo desintegra todo, va aislando ya la patria de la religión. No era así cuando llovían sobre Gerona las granadas francesas. ¡Cuántas veces se habrá agolpado en la nave que yo veía solitaria la población que no sabía rendirse, tomando al cielo por testigo de que merecían la protección divina y de que la patria es otra forma de la fe y de la energía moral que engrandece á los pueblos!

No eran de color de rosa mis ideas allí en el banco, entre la penumbra que la tarde al avanzar comenzaba á extender por la nave de la Catedral gerundense. Quería surgir la esperanza como surge la elegante y erguidísima flecha de San Félix, que se ve en Gerona desde todos lados; y pensando en que allí encontró honrosa sepultura el ínclito defensor de Gerona, se me ocurrió cuán difícil sería acertar hoy con el hombre digno de que en su tumba se escribiesen frases del expresivo epitafio de Alvarez de Castro:

.....  
 hic vir, hic est heros,  
 nullum moriturus in oevum.  
 .....

## V

## CUATRO PAREDES (1).

Al cambiar de itinerario y resolver la nueva dirección del viaje, influida por el temor á precauciones sanitarias, calculé para mis adentros:

"Mejor. Así veré á Gerona y Figueras."

Muchas regiones pintorescas y hermosas tenía que cruzar, en no pocas ciudades monumentales y artísticas proyectaba detenerme; pero sólo la última etapa del largo camino—de extremo á extremo de la Península—brillaba como punto luminoso, y el deseo de llegar á Figueras no dejó de apremiarme en toda la jornada; porque Figueras representaba la Meca á donde va el creyente con el sentimiento antes de ir en caravana peregrinando.

Figueras, poblacho sin bellezas ni recuer-

(1) Este artículo ocasionó protestas de algunos vecinos de Figueras, quejosos de que yo no encontrase en el pueblo donde sucumbió Alvarez de Castro, adelantos y hospedajes á la última moda.—Mucha gracia me hicieron tales protestas, al pensar en la emoción casi religiosa con que yo pisé á Figueras, y que tan á las claras revela mi artículo.



dos, me ofrecía unas paredes desnudas y maltratadas, los muros de una prisión, del calabozo donde agonizó y espiró D. Mariano Alvarez de Castro.

Si hablásemos con rigurosa exactitud psicológica, no diríamos *viajar*, sino *viajarse*.

Cuando el crítico francés Brunetière acusaba á su compañero Anatolio France de encerrarse en la subjetividad cual en obscura caverna, y le compadecía por la desgracia de no salir jamás de sí propio, France, sonriente, alegaba que no hay medio de imitar á aquel brujo cuya alma se paseaba á voluntad lejos del cuerpo, y regresaba á él pasado un ratito de solaz. Y pudo añadir el eminente autor de *Tais* que no siempre la subjetividad es una caverna, que por ventura es alcázar maravilloso, y en su recinto encontramos lo que ya no encierra el mundo. ¿Qué significan para la mayor parte de los viajeros las cuatro paredes de Figueras? Hay que haberlas tenido en el corazón para mirarlas del modo que yo las miré.

A Figueras se llega de noche en el expreso de Francia. Se descansa en una posada con honores de fonda,—camas antiguas, inmensas, en figura de nave, y cocina donde prepondera el clásico *ali oli*.—Apenas se habla castellano; el que quiera hacerse entender ha de chapurrear catalán. Graciosa ironía de la casualidad movió á la *noya* que me servía agua y toallas á decirme afablemente: "¡Ganas tendrá ya la señora de verse en Francia, en su país!"

Hacia calor; abrí la ventana. Era la noche

estrellada, y el cielo parecía paño de negro raso bordado de acero fino; el aire traía en sus ondas acres efluvios montañoses, y la certidumbre de tener tan próximo el Pirineo ensanchaba el pulmón. Las ideas adquirían relieve entre la semi-obscuridad tibia; las escenas del asedio de Gerona, mil veces narradas y pintadas, se desarrollaban confusamente, revivían, á pesar del tiempo que ya las va borrando con dedo glacial. Sin saber hacia qué parte caía el castillo de San Fernando, me volví, por extraño instinto, cara adonde, en efecto, se eleva su forma pesada y maciza, entonces invisible, y que sólo avisté á la siguiente mañana, después de corto trayecto en coche.

Al ascender á la fortaleza, al detenerme ante su amplia puerta decorada con trofeos de armas, corazas, banderas y cascos, acudía á mi memoria el dicho de Zowenshend, pronosticando al sólido castillo, llave de la frontera—según el gobernador que la suerte le deparase,—un porvenir de gloria ó de oprobio. Y se confirmó el pronóstico; la supuesta fortaleza inexpugnable fue expugnada cuantas veces la atacaron. No consiguió San Fernando, con su triple reducto, sus extensos baluartes, sus insondables aljibes y sus fosos profundísimos, lo que Alvarez de Castro con paredones endebles que al correteo de una lagartija parecían desbaratarse. Hizose el milagro de Gerona por el magnetismo de la voluntad, por la energía del querer, no por la resistencia de los muros inertes.

Para visitar el calabozo hube de esperar buen



rato: el conserje, encargado de enseñar á los devotos la reliquia, andaba ocupado no sé en qué faenas. Acudió por fin, y bajamos á las caballerizas, donde los caballos del escuadrón, en fila, despachaban el pienso. Fuerte olor de hinojo llenaba el aire; alfombraba el suelo la planta aromática, y detrás de los pesebres, bajo la bóveda, en mitad de la crujía, ví una reja, entre dos lienzos de pared, donde el pincel trazó estrofas académicas en catalán y castellano. Sobre la reja, una lápida de mármol, con su inscripción conmemorativa.

—¿La señora será francesa?—preguntábame el conserje justamente cuando yo, salvando la verja, fijaba en la prisión esa mirada ambiciosa, ávida y reflexiva á la vez, con la cual parece que nos incorporamos á lo que vemos, y por la intensidad de la contemplación, lo hacemos nuestro del todo.

Mil veces más expresaban para mí aquellas paredes que el conserje alumbraba, que las ampulosas poesías y la misma lápida colocada por Castaños. Sucias, rafagueadas de sangre denegrida, desconchadas por los bayonetazos, las paredes gritaban con salvaje clamor, que resonaba feroz y vibrante, como antaño la bocina de Roldán en los cercanos desfiladeros.

En el lóbrego rincón de la derecha era fácil imaginarse al defensor de Gerona echado sobre un montón de paja, tiritando de calentura, mudo, altanero, desdeñoso. El drama de las cuatro paredes tuvo su catástrofe secreta. Sólo las trágicas paredes mismas, si hablasen, podrían reve-

larnos el negro misterio; sólo ellas conocen el último acto, desenlace de la epopeya gerundense, final del canto heroico. La historia, que sabe tan pocas cosas, ignora ésta con ignorancia invencible.

Todo son conjeturas y versiones: ya el veneno, ya la sogá, ya el hambre, ya el incesante redoble de los tambores, espantando el sueño; pero nada hay probado; no se conservan documentos, ni testimonios fehacientes, aun tomando en cuenta la respetable afirmación de Castaños, y el airado y amenazador murmullo de la tradición. Es innegable el trato cruel dado á D. Mariano en su calvario, desde Gerona á Perpiñán y de Perpiñán á Figueras, adonde se le trajo para que muriese lejos de sus amigos, en la sombra y el silencio; pero á pesar de la sugestión de la mazmorra, confieso que apostaría por la muerte natural, de fiebre, de extenuación, de agotamiento nervioso. Después de la increíble tensión de voluntad de Gerona, aquel hombre que personificaba la Santa Resistencia no podía vivir. Aquí se elevó al cielo su alma diamantina; aquí acabó solo, abandonado, y el suelo en que pongo los pies bebió el sudor de su agonía y sostuvo sus nobles despojos...

El sentimiento es un niño que nos impone sus caprichos, y entre los más pueriles se cuenta el de escribir el nombre en la pared. He solido reirme de los que lo hacen, y sin embargo, la pared que veía enfrente, manchada, tétrica, me atraía, produciéndome algo que era gozo y do-



lor á un tiempo fundidos en exaltación entusiasta; algo que momentáneamente me convertía en *pueblo*, en persona sencilla, sin crítica ni escepticismo. Con el alfiler del broche empecé á trazar mi nombre de pila sobre el yeso. No había terminado, cuando el conserje pronunciaba mis apellidos en alta voz...

—Ya ve usted cómo soy española—dije volviéndome.

## VI

## EL "CAU FERRAT"

Si se me perdona el galicismo, diré que el tal *Cau ferrat* me *intrigaba* desde mucho antes de mi llegada á Barcelona. ¿Qué sería ese pueblo de Sitges y ese cenáculo del *Cau*, donde se sacaban en procesión pública y solemne cuadros del Greco, donde se representaban dramas de Metterlinck, género tan nuevo y tan desconocido en la corte de las Españas, que dudo que se le haya ocurrido á ningún empresario ni la hipótesis de ponerlos en escena? ¿Por qué el nombre misterioso y algo sombrío del *Cau ferrat*; en qué consistía ese arte nuevo y moderno, y qué bandera tremolaban esos revolucionarios de la pintura que se habían revelado con tan originales lienzos en la última Exposición, presentando aquel extraño *Palio azul* y aquel lúgubre *Patíbulo*?

Nos encontramos en horas de tanta infecundidad, que cualquier tentativa, cualquier afirmación, cualquier soplo de entusiasmo, parece que nos vivifica. No figuro entre los adeptos de



la escuela *modernista*; no me faltan objeciones que oponer á sus teorías, ni censuras para sus prácticas, y, sin embargo, pocas corrientes de simpatía más verdadera, pocas impresiones de tal poesía habré recogido en mi viaje, como las del *Cau ferrat*.

Bastóme indicar en la inolvidable Barcelona la curiosidad que el *Cau* me inspiraba, para que por magia me organizaran la excursión. Santiago Rusiñol, el eminente artista, dueño del *Nido*, tardó horas en dejar á Sitges y venir á ponerse á mis órdenes. Habíamos pensado visitar el *Cau* saliendo por la mañana y regresando de noche en el último tren; pero el refinado Rusiñol desbarató este plan: era preciso disfrutar el espectáculo de la puesta del sol desde las ventanas del *Cau*. Salimos, pues, en las primeras horas de la tarde, recreando la vista en un paisaje digno de las costas de Italia ó de Grecia. Los que conocean el camino deleitosísimo de Barcelona á Villanueva y Geltrú, no encontrarán exagerados mis elogios. Si Sans y Bordeta son los alrededores de una capital espléndida, desde Prat Llobregat hasta Sitges se desarrollan las perspectivas de un cielo pagano. El azul del firmamento afrenta á las turquesas; el azul del mar es el del cerúleo Pontó que cantó Homero. Sobre el límpido horizonte extiende su majestuoso toldo el pino del Mediodía, erige su elegante candelabro de serpentina y oro el aloe en flor, y recorta la palmera su silueta africana. Fresco verdor de maizales, grupos de álamos blancos, nos recuerdan que Barcelona

disfruta las producciones de la zona templada y se engalana por coquetería con las de la tórrida.

Al correr del tren, dejamos atrás playas donde secan redes y yacen reposando las veleras embarcaciones, y pasamos túneles singulares, que de pronto hacen fulgurar, por aberturas practicadas en sus paredes, un relámpago de luz cárdena, el mar entrevisto un segundo. Embriagada de sol, una cigarra se nos cuele en el departamento, mensajera de la poesía meridional, alegre felibresa que entona el himno al verano; y una palmera gallarda, solitaria, altísima, y un caserío refulgente de claridad, nos anuncian á la blanca Sitges.

Sitges, la paloma de las villas, no es notable sólo por la blancura cegadora de sus edificios; eslo también por la cordialidad y buena gracia con que se presta á las fantasías y caprichos estéticos de Santiago Rusiñol y sus amigos y correligionarios en modernismo.

Benévola y sonriente, como la madre que contempla á un niño genial; penetrada al mismo tiempo de un respeto sincero por la idea del arte y de la hermosura, Sitges no analiza: acepta todo: los cuadros doloridos del Greco, la representación del pavoroso drama del poeta de Gante, la pintura impresionista, el simbolismo... ¡Ah! Si supiesen los *esprits forts* de otros pueblos, donde todo el mundo quiere meter cucharada en materia estética, calificando frescamente de *chiflados* y de *lateros* á los más insignes contemporáneos; si supiesen, repito,



¡qué grado superior de cultura revela Sitges con esa veneración, esa fe y esa tolerancia afectuosa!

Ya estábamos á la puerta del *Cau ferrat*, y todavía no me daba yo cuenta de lo peculiar de la *fantasia* de Rusiñol. La fachada que cae al pueblo, salvo algunas piedras viejas en puertas y ventanas, no ofrece nada de extraordinario. Pero, al entrar en la casa, sorprendiome un ruido hondo, temeroso: el mugir del mar cuando se estrella contra los costados de un buque. Y es que, como esos monstruos marinos que tienen cabeza humana y cola de pez, el *Cau ferrat* es por delante una casa y por detrás un barco; pero barco que no navega, barco encajado en los escollos y batido eternamente por el Mediterráneo. Rusiñol, para construir el Nido, se sirvió de dos casas viejas, que demolió, y sobre la escollera que domina la playa adelantó el edificio, hasta conseguir que las olas, en las altas mareas, envíen espumarajos y *salseros* contra los góticos vidrios del vasto salón ó *hall* que forma él solo todo el piso segundo. No ven los ojos más que agua, y el oído está lleno de su eterna queja. Una especie de azotea cuelga sobre el mar: allí sí que creemos hallarnos á bordo de gigantesco navío anclado.

Las cámaras de la casa buque son un Museo. Los dos cuadros de Domenico Teotocopuli, que recibió Sitges ostentando colgaduras en los balcones, ocupan el puesto de honor en el *hall*, alternando con copias de Lucas Kranach, Botticelli y otros maestros primitivos, de los que

hoy están tan en auge. Pero la riqueza del *Cau* no consiste en pinturas, consiste—y aquí está la explicación de su nombre, que yo traduje por *Nido férreo*—en la extraordinaria colección de hierros viejos recogida por Rusiñol.

Hay allí desde el grueso clavo ochavado, que guarneció la recia puerta, y la pinchadora reja que guardó á la beldad enclaustrada, hasta la cama de hierro, pero no como las feísimas que hoy se venden, sino una preciosidad de la época de Luis XIII, gala de las forjas francesas y reina de la colección. Hay verjas trabajadas como filigrana, hay espadas que son joyeles, hay esculturas de un brío extraordinario en aldabas y aldabones; hay capacetes, armas, visagras y cerrojos; hay efigies de Nuestra Señora, de hierro también; y todo ello, repartido por las paredes, infunde, con su negro tono y sus formas extrañas, la impresión de un sueño oscuro, envuelto en esa niebla gótica de que hablaba Rabelais.

De hecho, el *Cau ferrat* me causó el efecto de un sueño raro, ó más bien febril pesadilla. Las ojivales chimeneas; los santos bizantinos; las inmensas vidrieras de colores; los hierros sombríos, que refieren dramáticas historias de prisiones, de escalamientos nocturnos, de estocadas y de guerras; lo heterogéneo de las pinturas, ó místicas del siglo xv ó ultramodernas; el quejido incesante del mar; el contraste de esta decoración con el banquete que nos aguardaba en el solitario *hall*, donde resuenan medrosamente hasta los pasos de los servido-



res... todo contribuyó á que el *Cau* me pareciera algo *irreal*, cosa más imaginada que vista.

Acrescentó esta impresión la idea que surgió entre los expedicionarios de pasarse la calurosa noche de Agosto en el torreón que avanza sobre el mar, esperando el amanecer, á fin de ver la salida del sol sobre el Mediterráneo. No lucía una estrella: no había luna, y sólo las vidrieras de colores, iluminadas, proyectaban su original reflejo sobre la plataforma del torreón. Hablando de arte y de poesía, aguardamos la mañana; pocas horas faltaban para ella, y el cuadro admirable del amanecer se nos reveló lentamente, primero gris, luego blanquecino, luego opalizado con los reflejos del naciente sol y animado por la salida de las barcas pescadoras, de blanca vela latina.

Recuerdo que antes de que amaneciera pregunté á uno de los compañeros de vigilia si no causaría extrañeza en Sitges el que pasáramos la noche en claro, y me respondió que Sitges tiene el buen sentido de no extrañar los caprichos de los artistas y de comprender que si veíamos en un sarao, entre el ambiente mefítico y el tedio de las insípidas conversaciones, más natural es que veamos para gozar el fresco en verano y para ver cómo se tiñe de plata y rosa la extensión del *mar nuestro*.

Al otro día, cuando sonó la hora de dejar el *Cau* y regresar á Barcelona, nos sorprendió escuchando á un artista mozo, el hijo del admirable actor Fontova, tan popular en Cataluña como desconocido en el resto de España. Ge-

mía el violín bajo el arco del joven Fontova, y el mar, tranquilo entonces, hacía el acompañamiento con dulce murmurio. Y aquella música, que en el último instante reemplazó á la conversación, y lo precipitado del regreso, parecido á un brusco despertar, me confirmó en la idea de que el *Cau ferrat* es algo que no tiene existencia real, el sueño de una noche de Agosto á bordo de un falucho columpiado por las olas del cerúleo Ponto, el mar de los dioses y de los poetas.